

El hombre que era perro

EN uno de mis eternos viajes — me refería el señor Garduño — oí una de las «historias extraordinarias» cuyo misterio me ha hecho cavilar más... aunque, como es de suponer, nunca lo he descifrado. ¡Ni nunca espero descifrarlo!

A bordo del barco donde navegaba, en la ocasión, iban mejicanos: uno, el que me contó la historia, era original como pocos. ¡Ya es decir! No olvide cómo abundan en México las figuras originales: lo son en todos los sentidos posibles, mejores y peores... Pues este mejicano, joven todavía, de nombre raro que sonaba a japonés, había llevado una vida de peripecias curiosísima. Naturalmente había sido un oficial en una revolución. Pero tenía poco del tipo en que personificamos nuestra noción del militar de revoluciones. Era leído y curioso: la historia extraordinaria me la contó planteándome el problema extraño que implica.

—Sabrá usted — me dijo — que en México tenemos brujos indios a quienes el pueblo da el nombre de nahuales, ¡el nombre que en otro tiempo designaba a los ciudadanos del Imperio Azteca! ¿Cree usted en los fakires?

—Francamente — le dije, — no estoy convencido de su poder. Las hazañas maravillosas que de ellos se cuentan no me ha sido demostradas. Y son siempre unas mismas: desde que los ingleses llegaron a la India se repiten dos o tres fábulas, con ligeras variaciones. El último retoque, según parece, es afirmar que mientras los espectadores dominados por el fakir contemplaban escenas terribles, una cámara fotográfica retrata al dominador cruzado de brazos, imperturbable. Su compatriota Amado Nervo es de los que repiten la conseja.

—Muy bien: mientras menos crea usted en estas cosas, mejor me aclarará la verdad de lo que voy a relatarle. ¿Qué diría usted si conociera a uno de los nahuales nuestros? Ha de saber que se trasforman en animales...

—No creería nada.

—Muy fácil. Pero ¿qué diría usted si tres o cuatro personas le aseguran tener delante de sus ojos a un animal que usted no ve?

—Me figuraría que padecen una alucinación colectiva..., aunque no sé a punto fijo cómo ocurren esas cosas ¡si es que ocurren!

—¿Y si de pronto también usted viera el animal?

—¡Amigo mío, es demasiado suponer!

—Pero supóngalo usted. ¡A mí, precisamente, eso me ha sucedido!

—Creería que acabaron por contagiarme con su alucinación.

—¿Y no creería que el animal existe?

—No lo creería.

—Pero si el animal existiera, si usted hubiera de convencerse de que existe ¿qué diría?

—Diría que estuve alucinado cuando no lo veía.

—Y si, ya convencido de que vió al animal, descubriera que realmente era un hombre quien tomaba aquella figura, ¿qué diría? Si el hecho resultara innegable — supongamos, — ¿cómo lo explicaría?

—Puesto a explicar, en la situación que suponemos, nunca creería que el hombre se transformó en animal: acudiría a la explicación que corre por ahí sobre los fakires, y diría que aquel hombre, por sugestión, compele a los demás a verlo bajo formas extrañas, sin que le sea necesario ¡ni posible! asumirlas en realidad. Pero narre su caso. Para suposiciones y concesiones, ya le hice demasiadas: vamos al hecho.

—Ya lo verá. Durante una revuelta, me tocó estar con una pequeña guarnición en un pueblo de la altiplanicie de México. Allí no pasaba nada; nos aburríamos. ¡No había enemigos en muchas leguas! Una de de las pocas cosas que allí me entretuvieron fué conocer las supersticiones del lugar: descubrí que para aquellos campesinos era artículo de fe el poder sobrenatural de los nahuales. En el pueblo vivía uno, justamente: se llamaba Catarino, — entre nuestros indios es común inventar formas masculinas de los nombres de mujer — y le gustaba transformarse en perro para robar. Lo conocí: en su apariencia, nada de extraordinario. Hay muchos indios como Catarino... Pero cuando menos esperaba yo que aquel personaje tuviera que mezclarse conmigo, comenzaron los soldados a murmurar que Catarino se robaba armas de nuestra guarnición, convirtiéndose en perro. Todas las noches rondaba nuestro improvisado cuartel un perro desconocido, al que nadie vio nunca de día. Apenas ocurría un descuido, se perdía un rifle, y ya no se veía al perro.

»Ordené vigilancia, y yo en persona me puse en acecho durante tres noches: no hubo nada; el perro no pareció más; las armas permanecían intactas y completas.

»Decidí entonces retirarme de la guardia nocturna... Días después me avisaron que recomenzaban los robos y corrían rumores de que Catarino, el nahual, a escondidas se llevaba del pueblo los rifles para venderlos en lugares cercanos.

—¡Imbéciles! — reñí a los pobres Juanes de la guarnición. — ¡Por creer en esas estupideces se dejan robar las armas! Se asustan de cualquier perro y ¡claro! Catarino, o quien sea, se aprovecha cuando los ve atontados y se mete a robar.

»Dejé pasar unos días, en que los supersticiosos soldados no atinaron a impedir nuevos hurtos, y una noche, cuando no me aguardaban me presenté en el cuartel. Serían las nueve.

—¿No se ha aparecido el nahual? — pregunté a los soldados?

»—No, jefe, pero a esta hora más o menos es cuando viene. Vea: vea por aquel caminito es por donde se aparece.

»Y me mostraron el sendero blanco de luna.

»No pasó largo rato sin que uno de los Juanes exclamara:

—¡Ahí viene!

»Los otros miraron hacia el camino blanco, y dijeron con la voz tranquila de nuestros indios, como si nada los conturbase:

»—Sí, ahí viene.

»—¿Dónde? — interrogué.

»—Allí. ¿No lo ve, jefe, *mero* en medio del camino?... ¿No ve el perro?

»—No veo ningún perro.

»—Pero sí, vea, jefe, ahí viene, viene para acá.

»—¡Están locos! — les grité.

»—Mírelo: ahora se paró debajo de aquel pino grande. Así se para siempre.

»—¿Qué locura más extraña! ¿Y si lo ven, por qué no lo matan?

»Todos bajaron los ojos; no se atrevían a intentar nada contra el nahual. Comprendiéndolo, les pregunté:

»—Si yo le tiro desde aquí ¿lo alcanzo?

»—¿Cómo alcanzar...

»Nadie dejó escapar la idea que en todos estaba: o el nahual era invulnerable, o, de no serlo, su venganza sería pavorosa y extraña.

»—Bueno, — insistí y preparé mi rifle, — voy a apuntarle, y ustedes me dirán si apunto bien. A ver, tú — al soldado más práctico en manejo de armas, — dime si estoy apuntando bien a la cabeza del endiablado perro.

»Me hizo el soldado las indicaciones que le pedí, y por fin me dijo:

»—Está apuntando bien, jefe.

»—¿Crees que lo mato?

»—Puede, jefe.

»—¿No se ha ido el perro?

»—Se está quieto, jefe.

»Hice el disparo. El murmullo de mis indios ¡siempre discreto! me indicó que algo sucedía.

»—¿Qué ha pasado?

»—Cayó, jefe.

»Miré hacia el camino, hacia el árbol: ¡nada! Decidí aproximarme,